
Un manojo de azucenas.

Las guerras del primer Imperio le habían matado, uno tras otro, á su marido y tres hijos. Desesperada, loca, la señora de Lefevre se dió á aborrecer á Napoleón, tanto como le había amado con entusiasmo en otro tiempo. Concibió un odio feroz contra aquel conquistador, aquel devorador de hombres, como ella le llamaba, aquel asesino de hijos de familia. Hizo votos por su caída, y cuando cayó dió gracias al cielo.

Y no le aborrecía sólo á causa del pasado, sino que con él temía el porvenir. Ella racionaba: «Si continúa reinando, hará la guerra, siempre la guerra. Tendrá necesi-

dad de nuevos soldados para reemplazar á los muertos. No respetará ni á los hijos de viuda, ni á los sostenes de familia; vendrá á tomarme, á arrancarme el último hijo que me queda para enviarle á morir como los otros.»

Quedábale, en efecto, un hijo, á quien adoraba, primero porque era su hijo, y luego porque le recordaba todos los demás, que tanto había amado, perdido y llorado. Se los recordaba, no por su estatura—era pequeño y consumido, á pesar de sus veinte años, mientras los otros habían sido altos y fuertes—no por las facciones del rostro—se parecía á una mujer—sino por su bondad, su ternura: como los otros era afectuoso, tierno... y como ellos también, valiente.

¡Valiente, sí! Tiempo hacía que ella lo había percibido, y temblaba por ello. Sin embargo, nunca había tenido querella ni batídose en duelo; pero cuando se hablaba delante de él de batallas, hechos de armas, muerte heroica, cuando se citaba un rasgo de valor, veíase asomar el carmín en su blanca tez, brillar su dulce mirada, estremecerse todo su sér. Escuchaba febril, an-

siosamente; parecía acrecer su vida con lo que le contaban. De su madre tenía la fragilidad y la gracia; de su padre la firmeza y la audacia. Con el exterior femenino de la una, el alma viril del otro.

Pero ya ¿qué tenía ella que temer? Nada por el momento. La Europa, fatigada, diezmada, no quería más guerras; los pueblos todos se reposaban, ¡al fin! Al subir Luis XVIII al trono había prometido la paz, y de uno á otro extremo del país las madres repetían: «Se concluyó ya, no más batallas; ahora podremos retener á nuestros hijos, criarlos, y que se hagan viejos á nuestro lado. Se ha restablecido el orden natural; ellos serán los que nos verán morir.» Ella pensaba como las otras madres; creía en la paz eterna, universal, en tanto que el rey viviera, en tanto que los Borbones ocupasen el trono; y se había vuelto realista ardiente, con la esperanza de conservar á su hijo.

A medida que él iba creciendo en edad é inteligencia, quiso ella hacerle partícipe de sus ideas, lo que por error llamaba sus opiniones. En su respeto filial la dejaba hablar sin contradicción; pero por lo bajo, muy

bajo, su conciencia murmuraba: «Si mi padre, si mis tres hermanos murieron por el emperador, es que le amaban y admiraban; yo debo también como ellos amarle y admirarle.» Y luégo leía á hurtadillas la historia de los años que acababan de transcurrir. Esa historia le parecía grandiosa, soberbia. Y de esa suerte, poco á poco, recordando á los suyos y admirando á su jefe, se volvía imperialista, al lado de una madre convertida en realista por desesperación, por temor.

Empero, ella nada sabía; él no le hablaba nunca sino de lo mucho que la amaba.

Amábala tanto cuanto era amado. Habíase dicho que pretendía reemplazar él solo todos los muertos queridos. Rodeábala de mil cariñosos cuidados, mimábala, prodigábala ternezas sin fin. No era un hijo; era más bien una hija afectuosa y tierna.

¡Y cuál le devolvía ella todas esas ternezas, todos esos mimos! ¡Qué solicitud, nunca disminuída! Ella no vivía sino por él, para él. Habíase entregado toda entera á su último hijo, su único amor, su sola alegría.

Sin embargo, en aquella época, si la

Francia vivía en paz con las naciones vecinas, los franceses entre sí se querellaban harto, y se batían sin tregua. Jamás el duelo, siempre floreciente entre franceses, estalló con mayor violencia, con tanta rabia, como en los primeros años de la Restauración. Era una fiebre, una epidemia, una locura. En provincias se batían como en París, por un codazo, por una mirada, por un nada... sobre todo por nada, en el campo, en el bosque y durante la noche, algunas veces hasta en las calles, bajo un farol, con ó sin festigos. ¿Qué importaba? ¡Había tanta prisa por matarse! La verdad era que después de veinte años de luchas, de cadalsos y de cañón, después de cien batallas, la Francia no había tenido tiempo aun de apaciguarse, y respiraba todavía el olor de la pólvora y sangre derramada.

Los guardias de corps, que representaban el nuevo régimen, y los oficiales en situación de reemplazo, que representaban el pasado, eran los más encarnizados para darse de cuchilladas. Si por acaso no lograban tener un desafío unos con otros, la emprendían no importa con quién, por no importa

qué, á fin de entretener el puño y aumentar la lista de sus hazañas.

¡Ay! ¡En aquella época no convenía hacer parada de sus opiniones! Quien estimaba su vida debía abstenerse de decir: « Amo al rey ó he amado al emperador. » Un antiguo oficial de Napoleón, ó un joven realista le habría pedido inmediatamente razón de sus afecciones ó de sus recuerdos. Era sobre todo arriesgado llevar ó revestirse de ciertos objetos que pasaban por emblemas. Nadie tenía ya derecho á mostrar su afición por ciertas flores: la azucena era la causa realista triunfante; la violeta era el Imperio vencido, pero insumiso aun, preparando el porvenir.

Cuando todos esos rumores de duelos, todas esas historias batalladoras, tan frecuentes entonces en París, llegaban á oídos de la señora de Lefèvre, la esposa del antiguo jefe de escuadrón, embargábala congajoso miedo. ¡Ay! si alguno de esos duelistas, de esos camorristas, de esos furibundos, ¡tuviese la fatal ocurrencia de buscar querrela á su hijo, de matarle, como habían matado á los otros!

Pero, después de mirarle, se serenaba, congratulándose de haber engendrado á su querido Roberto pequeño, rubio, sonrosado, con pies y manos de niño. ¿Quién sería tan cobarde que pretendiera batirse con él? ¿Quién podría tener la gloria por antojo de matar á aquella criatura inofensiva y buena?

Además, ¿dónde podría ofrecerse ocasión para tropezar con aquellos hombres peligrosos, aquellos seres malignos? Él no vivía en la atmósfera en que ellos vivían, no iba á cafés, teatros, jardines públicos, donde se suscitaban las querellas, donde los duelistas de profesión buscaban adversarios para sacrificarlos como víctimas.

¡Salía él tan poco de casa! De ser rica, no le habría dejado salir jamás sin acompañarle. No siéndolo, le había sido forzoso permitirle que tomara un empleo, que entrase en la oficina de un librero de la calle de Dauphine, para llevar las cuentas y la correspondencia. Todas la mañanas, descendía él de la colina de los Molinos, donde madre é hijo habitaban, seguía por los muelles, el Puente-Nueyo, llegaba á su oficina,

y hasta la tarde ó noche, á las siete, no salía para regresar por el mismo camino á casa. Esperábale ella para cenar; poníanse á la mesa, hablaban de las noticias del día, se decían entremedias mil ternezas, enviándose mutuos besos con la punta de los dedos por cima de los platos. Á veces, algunos amigos llegaban á los postres, y se formaba tertulia, que duraba hasta la once. Este era su único exceso.

Así vivían dichosos, á su propio gusto: él, sin deseos, sin ambición, inconsciente de su edad, de su juventud en pleno desarrollo; ella, reposándose en esa vida tranquila de todas sus agitaciones antiguas, procurando olvidar el pasado para mejor gozar de la dicha presente.

Cierto día, á las seis de la tarde, el principal de Roberto le dijo: «Puede usted irse; hoy cierro más pronto que de costumbre. Es menester prepararse para la fiesta de mañana.»

Era la víspera del 25 de Agosto, del día de San Luis, santo del rey.

Entróse Roberto por la calle de Dauphine, asombrado de verse libre á aquella hora.

Como su madre no le estaría esperando todavía, ocurrióle, para llegar á casa, tomar el camino más largo, hacer un poco el haragán.

Emprendió por los muelles, por el Sena, río abajo, marchando hacia el ocaso, hacia el sol que se ocultaba por detrás de los Campos Elíseos. El tiempo era magnífico, tibio el ambiente, de púrpura el horizonte; en la superficie del río los reflejos lumináres parecían ondas de oro.

«¡Mire por dónde va, torpe!»

Una ramilletera era quien le dirigía estas palabras, porque había tropezado con su cesta de flores.

Paróse, y todo ruborizado, le pidió mil perdones.

La ramilletera, linda muchacha, mirábale, y pareciéndole interesante en medio de su confusión vergonzosa, con sus vivos colores y sus grandes ojos azules asustados, díjole con voz más suave:

—¿No me comprará usted algo? Aquí tengo magníficas azucenas para la fiesta de mañana. No se las venderé caras. ¡Tiene usted una cara tan amable!

Algo turbado todavía, vacilaba. Las azucenas no le seducían; no era la flor que él prefería.

La florera adivinó sin duda su pensamiento, pues, inclinándose á su oído, le dijo por lo bajo:

— Ya conoce usted, tengo según la opinión de cada uno. Si quiere buscaré en el fondo de la cesta; acaso encuentre algunas violetas.

— ¿Violetas? — repitió él, y se animó su mirada.

Deslizó ella la mano hasta el fondo, y sacó un ramito de violetas que le presentó, después de haber mirado recelosa en su alrededor, pues bien sabía que la violeta no tenía olor de santidad.

Tomó el ramo, le respiró lentamente, y le escondió bajo la pechera de su camisa. Iba á pagar, cuando hizo esta reflexión: «Si á mí me gustan las violetas, mi madre da la preferencia á las azucenas. Precisamente quería ella comprar un ramo para mañana. ¿Por qué, pues, no ha de tener también su parte de placer?»

Y escogió un manojito de tres hermosas

azucenas, reunidos y atados sus largos tallos con un hilo, ajustó el precio detenidamente, alejándose por fin, mientras la ramilletera le veía partir, dejando escapar un suspiro.

Con su manojito de azucenas en la mano, la sonrisa en los labios, el pie ligero, atravesó la plaza de Luis XV, con intención de echar una ojeada por los Campos Elíseos, que, en aquella época, tenían todavía un aire ficticio de campo. Paseó por algunos instantes, aspirando el aire que, comparado con el de su reclusión en la calle de Dauphine y en la colina de los Molinos, le parecía verdaderamente el aire de los campos. Algún tanto embriagado por el ramito de violetas, prisionero en su pechera, á cuyo calor exhalaba sus perfumes, el mozo pensaba, á pesar suyo, en la linda muchacha que le había vendido las flores. Su imaginación se la presentaba con su papalina de tul apenas prendida al negro cabello, su nariz arremangada, y blanca dentadura por entre rojizos labios. Un ligero estremecimiento, hasta entonces desconocido, cruzaba por su cuerpo; espaciábanse sus narices;

la sangre afluía á las mejillas; latía su corazón bajo el ramo de violetas. Para producir esa explosión de juventud y virilidad había bastado tan sólo una tarde calurosa de Agosto, un ocaso radiante del sol y la mirada de una linda muchacha.

Segunda vez su vago andar fué interrumpido por estas brutales palabras:

— ¡Eh! ¡eh! chicuelo, párate y atiende á la orden.

Sin obedecer, volvió la cabeza, buscando á ver, entre la oscuridad del anochecer, la persona á quien se dirigían aquellas palabras, pues no suponía que pudieran hablarle así á él. Distinguió entonces, apoyados contra el tronco de un árbol, á dos hombres que le miraban. Aun cuando vestían de paisano, su ademán, sus modales, el corte de sus levitas, los bastones que tenían bajo el brazo, al instante revelaban lo que eran: militares, oficiales sin duda en situación de reemplazo. En aquella época, un parisiense acostumbrado á ver sus figuras, en todos sitios, en todos los paseos, los reconocía fácilmente.

— ¿No has oído? ¿No te he dicho que te

pares, gandul? — repuso el más viejo de los dos personajes.

Con esa salida, Roberto se paró; mas se estiró de hombros, y con su vocecilla dulce, pero vibrante, exclamó:

— ¡Gandul! ¿Y por qué me llama usted gandul?

— Porque es una gandulería estarse paseando todo un cuarto de hora, de arriba abajo, delante de antiguos soldados del Imperio, con esas flores malditas en la mano.

Y, en seguida, tocando con la punta de su bastón las azucenas del mozo, añadió en tono de mando:

— ¡Ea! ¡Arroja eso!

— ¡No tal! ¡No quiero!

— ¡De veras! ¿No quieres! Un chicuelo pretende resistirme, ¡á mí!... ¡Ea! digo, arroja esas flores ó te arranco las orejas.

Roberto Lefèvre entonces hizo un nuevo esfuerzo instintivo para hacerse grande, y pálido, y con enérgica mirada, exclamó más fuerte:

— ¡Señor mío, no es á mí á quien se arrancan las orejas!

— ¿Te parece así?... Vamos á verlo.

Y así diciendo, se adelantó hacia el joven. Pero, como éste no reculaba, y seguía mirándole, embarazado con su manojo de azucenas, que defendía con las manos, pues no quería desprenderse de él, el oficial pudo á su sabor tirarle bruscamente de una oreja, hasta hacer saltar la sangre.

Roberto lanzó un grito de dolor y rabia, dejó caer su manojo, y súbitamente, saltando sobre el oficial, le aplicó un bofetón en plena mejilla.

Y luego, permaneciendo en el mismo sitio, con los brazos cruzados, derecho como su adversario, á quien la sorpresa y la cólera ahogaban, haciéndole vacilar, le dijo con breve voz:

— No es un chicuelo, ni un gandul, el que le ha abofeteado, señor mío... Á pesar de mi pequeña estatura, tengo veintiun años... Soy mayor... Soy hombre... Me llamo Roberto Lefèvre... Vivo calle de los Molinos, núm. 14... Cuando quiera y guste estoy dispuesto á darle satisfacción.

— ¡ Ah! Con ella cuento — replicó el oficial, que por fin pudo hablar. ¡ No eres un chico, eres un hombre... y me has abofe-

teado, á mí, á mí!... Vamos á batirnos inmediatamente, ¿entiendes?... No se guarda así un bofetón... ¡Vamos! ¡Ven conmigo!... No lejos de aquí, á cien pasos, á un lugar á propósito, donde nadie nos estorbará... ¡ Ah! ¡ El chicuelo del realista! Yo te juro que no festejarás mañana el santo de tu rey.

¡ Realista él! Pero desdeñando reclamar contra tamaña injusticia, se contentó con decir:

— Le he hecho agravio, y estoy, pues, á sus órdenes. No tengo inconveniente en batirme en seguida, pero no veo dónde están las armas.

— Ahora lo verás. En nuestros bastones están, y ¡magníficas por cierto! Toma tú la mía, y yo tomaré la de mi compañero... ¡Vamos, vamos! ¿Vacilas? ¿Tienes miedo?

— ¡Miedo! No; — dijo sencillamente Roberto. — Dirija, ya le sigo.

El oficial echó á andar arrastrando á su amigo, quien procuraba disuadirle calmándole y diciéndole que era preferible batirse al día siguiente, acompañados de testigos. Hacía resaltar también la edad del adversario, su corta estatura, su aspecto femenil.

— ¡Qué importa, puesto que tiene más de veinte años! A su edad había asistido yo ya á muchas campañas... Me ha sacudido la cara, nada más veo, y no quiero demostrar mi venganza.

Al volverse de repente, no distinguió ya á su enemigo.

— ¡Ah! ¡Cobarde! — exclamó. — ¡Ha huído! Volvieron hacia atrás, y pronto le divisaron. Se había parado á recoger sus flores y á soplar el polvo que habían cogido en el suelo.

— Ya he concluído, caballeros, estoy á sus órdenes — les dijo sonriendo.

Y echó á andar detrás de ellos, á tres pasos distante, algo triste, porque pensaba en su madre; pero la cabeza levantada, recordando á su padre y sus tres hermanos.

Llegaron. El sitio era excelente, desierto, aún se veía claro.

En seguida, el oficial echó á un lado su sombrero, se quitó la levita, é invitó á Roberto á hacer otro tanto.

Así lo hizo tranquilamente, y hasta dobló su traje con esmero, puso encima el sombrero, y las flores dentro.

Mientras tanto, el más joven de los dos individuos había tocado el resorte de los bastones y sacado de su vaina los floretes.

Al entregarle á Roberto Lefèvre el que le correspondía, díjole:

— Es algo más ligero que una espada ordinaria; pero tanto mejor para usted.

Y decía esto tristemente. Aunque hombre que se había batido tantas veces, y que había visto tan terribles campos de batalla, se sentía todo conmovido, todo tembloroso.

El hombrecillo no temblaba. Antes por el contrario, con mano firme cogió el florete por su puño de bambú.

— En guardia, señores — dijo el único testigo.

No tuvo tiempo el oficial de darse cuenta de la inexperiencia de su adversario, ó mejor dicho, de su ignorancia absoluta, lo cual le habría inspirado alguna lástima. Cegado por su resentimiento, siempre bajo la impresión de la bofetada recibida, apenas se puso en guardia, sin esperar nada, dirigió recta una estocada con tal viveza, que alcanzó en pleno el pecho de Roberto.

Doblóse el herido sobre sí, y acudiendo

el oficial testigo á sostenerle, le murmuró débilmente:

— Yo no soy realista... Amo al emperador como ustedes le aman... Sobre mi corazón verán un ramo de violetas... Las azucenas eran para mi madre... ¡Pobre madre, adiós!

Le ahogaba la sangre: no volvió á decir más palabra.

Un momento despues espiraba en brazos de los dos oficiales, que lloraban.

.....
Y durante ese tiempo, ella, la buena madre, le esperaba para sonreirle, para abrazarle.

.....
La señora de Lefèvre no murió. La muerte, que le había arrebatado uno después de otro al esposo y á los hijos, no quiso llevarse á la madre. Vivió largo tiempo, largo tiempo, el talle derecho, los cabellos blancos, muy pálida y siempre tiritando. El dolor la había helado.

Las dos duquesas.

París se halla dividido en dos campos. En el uno se da la palma á Julia Valentina de Contades, duquesa de Chevruse; en el otro, se prefiere á la duquesa de Chaulnes, Galtzin por su familia. Esta última no puede negarse, tiene más numerosos partidarios. Nuestros periodistas caballerescos quieren mejor seguir la bandera de una dama joven, lindísima, graciosa y hechicera, á quien la leyenda convierte en mujer perseguida, que servir á una matrona de cincuenta años pasados, algun tanto despótica, según dicen, y cuya austeridad los espanta. Quizá haya razones para adoptar esta opinión; pero al